

marfil, recibía los nombres que debían llenar las listas fatales. De improviso, alzáse sordo murmullo, y los cristianos al volver la cabeza, reconocen la poderosa familia de Lastenes, que era conducida al pie del tribunal.

Semejante al cazador de los Alpes que siguiendo con rústica algarazara una manada de cabras monteses, que saltan entre las rocas y las cascadas, retrocede temeroso al ver al fiero javalí que aparece en medio del fugitivo ganado, y con inmóviles ojos mira al terrible animal que eriza sus cerdas y descubre sus mortíferos colmillos: así Hierocles queda turbado al aspecto de Eudoro, á quien reconoce en medio de su familia. Toda su antigua enemistad se despierta; no ve allí, es cierto á Cimodocea, pero la gentil apostura del hijo de Lastenes, su varonil y guerrero continente y la general admiración que inspira aumentan sus temores. Muchos soldados de la guardia del próconsul que habían hecho la guerra á las órdenes de Eudoro, rodean á su antiguo general y le colman de bendiciones: unos ensalzan su afable condición, otros su generosidad, todos su valor y su gloria. Estos recuerdan la batalla de los francos, en la que obtuvo la corona cívica; aquellos hablan de su victoria contra los bretones; y por donde quiera se repite: «Este jóven guerrero, cubierto de heridas, triunfó de Carrasio; es el general de la caballería; el prefecto de las Galias; el favorito de Constancio y el amigo del príncipe Constantino.» Discursos tales hacen palidecer en su trono al indignado próconsul, que despidiendo bruscamente á la asamblea, se encierra despedido en su palacio.

Hierocles no duda ya que su rival es dueño del corazón de Cimodocea, pues juzga que el amor ha seguido á la gloria. Mil siniestros proyectos asaltan su agitado espíritu: ya quiere arrebatar á viva fuerza la hija de Demodoco; ya arrojar á Eudoro á negros calabozos, pero teme el favor de que el hijo de Lastenes disfruta en la corte; y no se atreve á atacar desembozadamente á un vencedor investido con las dignidades del imperio, porque conoce la moderación de Diocleciano, enemigo siempre de la violencia. Escogita, pues, un medio mas lento pero mas seguro de satisfacer el antiguo rencor que contra Eudoro alimenta: escribe á Roma que los cristianos de la Acaya están prontos á insurreccionarse, y que se oponen al empadronamiento, acaudillados por el arcadio desterrado por el emperador al ejército de Constancio.

Hierocles espera hacer proibir de la Grecia, merced á tan torpes amaños á Eudoro, y poder seguir sin obstáculo alguno sus culpables designios respecto de Cimodocea. No obstante, rodea de espías y delatores á su competidor, procurando descubrir un secreto que debe labrar la desventura de su vida; pero el hijo de Lastenes no había olvidado los peligros de sus hermanos, pues no era ya aquel jóven incierto en sus deseos y quiméricos proyectos y alimentado de ensueños é ilusiones; era un hombre experimentado por la adversidad, capaz de las acciones mas graves y audaces, reflexivo, circunspecto, laborioso, elocuente en el consejo, animoso en la guerra y dotado de pasiones tanto mas propias para alcanzar un fin elevado, cuanto que no se mezclaban en su alma con frívolas ideas. Conocía el influjo de Hierocles sobre Galerio y el de este sobre Diocleciano, y preveía que el sofista perseguidor de Cimodocea se abandonaría á los mas negros furios contra los cristianos, cuando llegase á descubrir el amor y la conversión de la sacerdotisa de las Musas. Eudoro descubre de una ojeada todos los males de que la Iglesia está amenazada y procura conjurarlos; por lo que antes de marchar á Lacedemonia con su familia, hace partir un mensajero fiel, encargado de instruir á Constantino de la verdad, y de neutralizar en el ánimo de Augusto los peligrosos informes de Hierocles.

Mientras el prefecto de Acaya se retiraba de su tribunal, Demodoco y su hija llegaban al templo de Homero: el fuego ardía aun en los altares domésticos, y Demodoco los hizo al punto reanimar. La ternera de astas de oro fue conducida al santuario, y una copa de plata cincelada fue presentada al sacerdote de los dioses; era la copa de que en otro tiempo se sirvieron Danao y el viejo Foroneo en los sacrificios. Una mano hábil había representado en ella á Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter; los compañeros del cazador frigio parecían poseídos de tristeza, y la fiel trailla hacia resonar con sus dolorosos ladrillos los bosques del Ida. El padre de Cimodocea llenó la copa de vino puro y vistiendo una túnica sin mancha, coronó sus sienes con un ramo de olivo: hubiérasele tomado por Tiresias, ó por el adivino Amfiarao, pronto á bajar vivo á los infiernos con sus armas blancas, su carro blanco y sus blancos corceles. Demodoco derramó la libación á los pies de la estatua del poeta; la ternera cayó bajo el cuchillo sagrado, y Cimodocea, colgando su lira en el altar, dirigió estas sentidas palabras al cisne de Meonia:

«¿Autor de mi estirpe! tu hija te consagra este melodioso laud que tu te dignaste alguna vez templar para ella. Dos divinidades, Venus y el Himeneo, me obligan á pasar al imperio de otras leyes; ¿qué puede una jóven contra los tiros del Amor y la voluntad del Destino? Andrómaca (tu lo has contado), no veía en la soberbia Troya sino á Astianax y á su Héctor. Yo no tengo aun hijos, pero debo seguir á mi esposo.»

Tal fue la despedida de la sacerdotisa de las Musas al cantor de Penélope y de Nausicaa; los ojos de la tierna doncella estaban anegados en lágrimas, porque á pesar del encanto de su amor, echaba de menos los héroes y las divinidades que constituían parte de su familia, y aquel templo donde, hallando á la vez á sus dioses y á su padre, había sido alimentada con el suave néctar de las Musas, á falta de la leche maternal. Todo la arrastraba hácia las hermosas ficciones del poeta; todo estaba en aquellos lugares sometido al poder de Homero; y la futura cristiana se sentía á su pesar dominada por el genio poderoso del padre de las fábulas. No de otro modo, cuando una serpiente esmaltada de oro y azul, hace rodar en medio de una pradera sus cambiantes escamas, levanta una cabeza de púrpura entre las flores, vibra una triple lengua de fuego y lanza miradas centelleantes, la incauta paloma que la descubre desde la altura de los aires, fascinada por el brillante reptil, abate poco á poco su vuelo, va á posarse sobre un árbol vecino, y bajando de rama en rama se entrega al poder mágico que la hace caer desde las bóvedas del cielo.

LIBRO DÉCIMCUARTO.

SUMARIO. Descripción de Laconia. Llegada de Demodoco á la casa de Cirilo. Instrucción de Cimodocea. Astarté envía al demonio de los celos á Hierocles. Cimodocea va á la iglesia para depositarse con Eudoro. Ceremonias de la Iglesia primitiva. Los soldados dispersan á los fieles, por orden de Hierocles. Eudoro salva á Cimodocea, la defiende en el sepulcro de Leónidas, y recibe el orden de marchar á Roma. Las dos familias resuelven enviar á Cimodocea á Jerusalén, para ponerla bajo la protección de la madre de Constantino. Eudoro y Cimodocea parten para embarcarse en Atenas.

DEMODOCO cierra llorando las puertas del templo de Homero, y subiendo á su carro con Cimodocea atraviesa de nuevo la Mesenia. Llega en breve á la estatua de Mercurio colocada á la entrada del Hermeo, y penetra en los desfiladeros del Taigeto. Grupos infor-

mes de peñascos que llegaban hasta el cielo, formaban por ambos lado vastas y estériles laderas, y en sus cimas crecían apenas algunos abetos á la manera que la yerba sobre las ruinosas torres y murallas.

Oculto entre las retamas medio abrasadas, la importuna cigarra hacia oír su monótono canto bajo los ardores del mediodía.

«Hija mía, decía Demodoco, por este mismo camino huyó Licisco, como yo, con su hija á Lacedemonia, y su fuga ocasionó la trágica aventura de Aristómenes. ¡Cuántas generaciones han trascurrido para traernos á nuestra vez á estos solitarios lugares! ¡Plegue al gran Júpiter enviarnos alguna señal favorable, y alejar de tí todas las desgracias!»

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando un buitre de cana cabeza, se precipita desde la cima de un árbol seco, sobre una golondrina; un águila descende de la cima de las montañas y arrebató al buitre en sus pederosas garras; de improviso, el relámpago brilla en el Oriente, el rayo estalla y atraviesa con su dardo de fuego al rey de los aires y precipita en tierra al vencedor, al vencido y á su víctima: Demodoco aterrado busca en vano el decreto de los destinos en estos caprichosos juegos de la casualidad. Pero el carro ha salvado la cumbre del Hermeo, y empieza á bajar hácia Pillano. El sacerdote de Homero saluda al Eurotas, cuyas orillas sigue; toca el sepulcro de Ladas; descubre en breve la estatua del Pudor que señala el sitio donde Penélope, próxima á seguir á Ulises, se cubrió ruborizada con su velo. Deja á su espalda el monumento de Diana de Misia, el bosque sagrado de Carneio, las siete columnas, el sepulcro del Caballo, y llega súbitamente á la florida pendiente de una colina que coronaba el templo de Aquiles; Esparta y el valle de la Laconia se presentan á sus miradas. Las cordilleras del Taigeto cubiertas de nieves y bosques, se dilataban al Occidente; otras montañas menos elevadas formaban al Oriente una cortina paralela, y disminuyendo gradualmente de altura terminaban en los vértices rojos del Menelayon. El valle comprendido entre estas dos cordilleras estaba obstruido hácia el Norte por una confusa mole de montecillos de caprichosos contornos, que adelantándose hácia el Mediodía, iban á formar con sus últimas crestas las colinas que servían de asiento á Esparta. Desde Esparta hasta el mar descubriase un terreno llano, fértil, entrecortado por viñedos y campos de trigo, y sombreado por bosques de olivos, sicómoros y plátanos. El Eurotas deslizaba su tortuosa corriente por esta risueña soledad, ocultando entre bosquecillos de ardisas sus azuladas ondas, embellecidas por los cisnes de Leda.

El sacerdote de los dioses y Cimodocea no se cansaban de admirar tan bello cuadro, pintado de mil colores por los vivos destellos de la naciente aurora. ¿Quién podría pisar indolente el polvo de Esparta y contemplar sin emoción íntima la patria Licurgo y Leónidas? Demodoco agitaba todavía lleno de asombro su cetro augural, cuando ya sus ágiles corceles entraban en Lacedemonia. El carro atraviesa la plaza pública, pasa delante del Senado de los ancianos y del pórtico de los Persas, toma el camino del teatro contiguo á la ciudadela y sube á la casa de Cirilo, construida cerca del templo de Venus Armada.

La familia de Lastenes esperaba la llegada de la nueva esposa en casa del obispo de Lacedemonia, noticioso ya de todo lo ocurrido en Arcadia. Para poner á Cimodocea al abrigo de las tentativas de Hierocles y para que Eudoro adquiriese derechos sobre ella, Cirilo se proponía desposarla con el hijo de Lastenes, no bien fuese declarada neófito, porque la sacerdotisa de las Musas no podía ser la esposa de Eudoro sino después de haber recibido el bautismo. Los ancianos saludaron á la amable extranjera con grave y santa alegría, siéndole prodigados por su nueva ma-

dre y sus nuevas hermanas las mas tiernas atenciones. Estas caricias que Cimodocea nunca había conocido, le parecían en extremo dulces, aunque no vió á Eudoro, que en aquel momento de felicidad, redoblabá sus vigiliás y austeridades. Aquella misma noche dió principio Cirilo á la instrucción de la jóven infiel, que le escuchaba con candor é ingenuidad, pues la moral y caridad evangélicas llenaban de encanto su corazón. Derramaba copiosas lágrimas sobre el misterio de la cruz y los dolores del Hijo del Hombre; el culto de la Madre del Salvador la llenaba de ternura y delicias; se hacia referir sin cesar por el antiguo mártir la historia del Pesebre, de los pastores, de los ángeles y los magos, y repetía en voz baja estas palabras: «Dios te salve, María, llena eres de gracia.» La grandeza del Dios de los cristianos intimidaba un tanto á Cimodocea, pero buscaba su refugio en María, á quien parecía tomar por su madre. Muchas veces esplicaba á Demodoco algunas de las lecciones que había recibido; sentada sobre sus rodillas le refería con encantador lenguaje la vida feliz de los patriarcas, la ternura de Nacor para con su hija Sara, el amor del jóven Tobías á su extranjera esposa, y le hablaba de una mujer á quien un apóstol hizo salir del sepulcro y devolvió á sus desconsolados padres.

—¿Crees, añadía, que el Dios de los cristianos, que manda amar á mi padre para vivir muchos años, no vale mas que esos dioses que nunca me hablaban de tí?

Nada mas tierno que ver así á esta misionera de nueva especie, alternativamente discípula de un anciano y maestra de otro anciano; colocada como la gracia y la persuasión entre estos hombres venerables, para hacer gustar al sacerdote de Homero las graves enseñanzas del sacerdote de Israel.

El enemigo del género humano veía ciego de furor que aquella virgen inocente se sustraía á su poder, y de ello acusa á Astarté.

—Débil demonio, le grita, ¿qué haces en el abismo? Dejaste el cielo exhalando vergonzos gemidos, y ora te ves vencido de nuevo por el ángel de los santos amores!

Astarté repuso: —¡Oh Satanás! aplaca tu cólera. Si no he podido vencer el ángel que me reemplazó en la mansion de la felicidad, mi derrota misma va á favorecer tus proyectos. Tengo un hijo en los infiernos; pero no me atrevo á acercarme á él, porque sus furios me intimidan. Tú le conoces: baja á su prisión, llévale á la tierra, mientras voy á esperarle al lado de Hierocles; y cuando este mortal se sienta abrasado por mi fuego y por el de mi hijo, nada ya tendrás que hacer sino entregar los cristianos al demonio del homicidio.

Dice; y Satanás se precipita en el fondo del centro de los tormentos. Mas allá de las hediondas lagunas y de los lagos de azufre y betun, en las vastas regiones del infierno, ábrese un calabozo habitado por el mas desventurado de los pobladores de las infernales mazmorras. Tendido entre víboras y horribos reptiles, nunca el sueño acaricia sus ojos; la inquietud, la sospecha, la venganza, la desesperación y una especie de amor feroz agitan sus miradas; horribles quimeras ocupan y atormentan su espíritu; se estremece; cree oír misteriosos rumores y perseguir vanos fantasmas. Para apagar su sed devoradora, bebe en una copa de hierro un veneno compuesto de sus propios sudores y de sus propias lágrimas. Sus convulsos labios respiran el homicidio, y á falta de la víctima que incesantemente anhela, se hiere á sí mismo con un puñal, olvidando que no puede morir.

El príncipe de las tinieblas se detiene á la entrada de la caverna de este monstruo.

—Arcángel poderoso, le dice, pues siempre te he distinguido entre los innumerables espíritus de mi



ENTREVISTA DE EUDORO Y CIMODOCEA.

imperio, hoy puedes probarme tu gratitud: preciso es encender en el pecho de un mortal aquella llama que encendiste un día en el corazón de Herodes; preciso es perder á los cristianos y reconquistar el cetro del mundo: ¡digna de tu arrojo es la empresa! ¡Ven, oh hijo mio! ¡ven y secunda los vastos propósitos de tu rey!

El demonio de los celos retira de su boca la envenenada copa, y enjugando sus labios con su cabellera de serpientes:

— ¡Oh Satanás! replica, arrojando un profundo suspiro, ¡ni el peso del infierno logra encorvar tu soberbia cerviz! ¡Quieres esponerme de nuevo á los golpes de aquel rayo que te precipitó en el abismo

del eterno llanto? ¡Qué puedes contra la cruz? Una mujer ha quebrantado tu orgullosa cabeza. Aborrezco la luz del cielo, pues los castos amores de los cristianos han destruido mi imperio en la tierra. ¡Prosigue, si así te cumple, tus proyectos; pero déjame gozar en paz de mi rabia, no vengas mas á turbar mis furorés!

Dice; y con frenética mano arranca las serpientes que en derredor le nacen, y las despedaza con rechinantes dientes.

Satanás exclama, trémulo de cólera:

— ¡Angel pusilánime! ¿de dónde te procede hoy tan vil temor? ¿Ha penetrado acaso en tu corazón el arrepentimiento, cobarde virtud de los cristianos?



CIMODOCEA CONFIA A DEMODOCO SU AMOR POR EUDORO.

Mira en torno: ¡he aquí tu eterna morada! ¡A males sin fin, sabe oponer un rencor sin término y destierra ya esos recuerdos de inútil amargura! Atrévete á seguirme, que yo haré desaparecer en breve del mundo esos castos amores que así te desalientan; yo te devolveré tu imperio sobre el hombre degradado. No esperes, empero, ¡miserable! á que mi brazo te obligue á concederme lo que me he dignado pedir á tu celo.

A tal esperanza y amenaza, el demonio de los celos se dejó arrastrar.

Satanás lleno de júbilo sube al punto á su carro de fuego, y hace sentar á su lado al repugnante monstruo á quien llama su hijo; le instruye en lo que debe hacer, y le nombra la víctima que debe herir. Para evitar la importunidad de los espíritus de ti-

nieblas, ambos caudillos del infierno atraviesan invisibles la mansion del dolor; solo la Muerte les ve salir de las puertas del infierno, y les saluda con sonrisa pavorosa; en breve llegan á la tierra y se apean en el valle de Alfeo. Presa de fatal amor, el procónsul de Acaya se veía á la sazón agitado por un sueño penoso: el demonio de los celos se oculta bajo la figura de un viejo agorero, confidente de los tormentos secretos de Hierocles; simula, pues, el rugoso semblante del antiguo adivino, su torva mirada, su frente calva, su religiosa palidez. Cubierta su cabeza con un largo velo, las cintas sagradas caen sobre sus hombros, acértese al lecho del impío como un ensueño funesto, y tocando el pecho de Hierocles con el ramo que en la mano ostenta, le dice insidioso:

«¡Duermes, mientras tu enemigo triunfa! ¡Cimodo-

cea, abraza en Lacedemonia la religion de los cristianos y en breve será esposa del hijo de Lastenes! Despierta y apoderémonos de tu presa, y para arrebatarla á tu rival, perdamos si es necesario la raza entera de los cristianos!»

Esto diciendo, arranca de su cabeza el velo y las cintas sacerdotales, y recobrando su horrible forma se inclina sobre Hierocles, le estrecha entre sus brazos y hace correr sobre él una sangre impura. Poseído de intenso terror, el desventurado se debate bajo el peso del fantasma y despierta prurpidiendo en un grito; así un hombre enterrado en vida en el campo de los sepulcros, sale con espanto de su letargo, hierie con la frente su ataúd, y hace resonar agudos lamentos en el seno de la tierra. Todos los venenos del monstruo infernal hánse inoculado en el alma del enemigo de los fieles; salta de su lecho con los cabellos erizados; llama á sus guardias, deseoso de anticiparse á las órdenes de Augusto; quiere reducir á dura prision los cristianos y dispersar sus asambleas; habla en fin de conspiraciones y de un proyecto fatal al imperio.

«¿Es preciso sangre!.. exclama; un fuego devorador circula en todos los corazones... no consultemos las entrañas de las víctimas; los votos, las súplicas, los altares, nada pueden ya en nuestro favor!»

¡Insensato! En breves espías que llegan de Lacedemonia le confirman la verdad del sueño que le acosa.

Eudoro, que resignado á los decretos de la Providencia y deseando con ardor la gloria del martirio, no creía sin embargo que la tempestad estuviese tan próxima, se ocupaba en perfeccionar su alma para hacerse digno á la vez de los destinos que Pablo le había predicho y de la esposa que Dios le había elegido. En una tierra cuyo propietario se ha alejado, se ve esterilizarse un árbol de rica esperanza; pero el propietario, despues de algunos años de ausencia entra de nuevo en su morada; vuelve á su abrigo querido y corta las ramas desgajadas por las cabras ó tronchadas por los vientos, el árbol recobra nuevo vigor, y pronto su copa frondosa se inclina al peso de los aromosos frutos: así el hijo de Lastenes, abandonado de Dios, había desfallecido por falta de cultivo; pero cuando el padre de familia entró en su herencia y concedió sus desvelos á la planta de su amor, Eudoro se coronó de las virtudes que su infancia había prometido.

Próximo al cumplimiento de parte de sus deseos, iba á recibir la fe conyugal de Cimodocea. La nueva catecúmena había merecido por su inteligencia, su pureza y su bondad ser admitida á los dos grados de oyente y postulante, y debía presentarse en la iglesia por primera vez el día de una festividad consagrada á la Madre del Salvador, para que, desposada despues de la celebracion de los misterios, jurase al mismo tiempo fidelidad á Dios y á su esposo.

Los primitivos cristianos elegían con preferencia el silencio de las sombras para cumplir las ceremonias de su culto. El día que precedió á la noche en que Cimodocea triunfó del infierno, transcurrió en la meditacion y las oraciones. Al anoecer, Sefora y sus dos hijas empezaron á adornar á la nueva esposa, que primero se despojó de los adornos domésticos consagrados á la Reina de los ángeles, su cetro, su velo y sus cintas; pues su lira había sido depositada en el templo de Homero. No sin derramar lágrimas se separó Cimodocea de las graciosas señales de la religion paterna. Una túnica blanca y una corona de azucenas le suplieron las perlas y collares; adornos que las cristianas no usaban, y el pudor evangélico reemplazó en sus labios la sonrisa de las Musas, prestándole encantos dignos del cielo.

A la segunda vigilia de la noche, salió rodeada de

antorchas, llevando una de estas. Precedíanla Cirilo, los sacerdotes, las viudas y las diaconisas; el coro de las vírgenes la esperaba á la puerta. Cuando se mostró al concurso, la muchedumbre que esperaba esta ceremonia, exhaló un grito de admiracion. Los paganos decían:

«Es la hija de Tindaro coronada con las flores del platanista y próxima á pasar al tálamo de Menelao. Es Venus, cuando arrojó sus brazaletes al Eurotas, y se mostró á Licurgo bajo las facciones de Minerva!»

Los cristianos decían:

«¿Es una nueva Eva! ¿es la esposa del jóven Tobias! ¿es la casta Susana! ¿es la hermosa Estér!»

El nombre de Estér, aplicado por la voz del pueblo fiel, fue desde entonces el nombre cristiano de Cimodocea.

Cerca del Lesche y no lejos de los sepulcros de los reyes Agidas, los cristianos de Esparta habían fundado una iglesia que, distante del bullicio y de la multitud y rodeada de patios y jardines, estaba separada de todo monumento profano. Despues de haber pasado un peristilo adornado de fuentes, donde los fieles se purificaban antes de la oracion, se hallaban tres puertas que conducian á la basílica. En el fondo de la iglesia hacia el Oriente se descubria el altar, y detrás de este el santuario. Este altar de oro mazonado, enriquecido con rica pedrería, cubria los restos de un mártir, y le rodeaban cuatro cortinas de una tela preciosa. Una paloma de marfil, imagen del Espíritu Santo, dominaba el altar y protegía con sus alas el tabernáculo. Las paredes estaban adornadas con cuadros que representaban pasajes de la Escritura, y el baptisterio se elevaba aislado á la puerta de la iglesia y hacia suspirar á la impaciente catecúmena.

Cimodocea se adelantó hacia los santos pórticos. Un contraste extraordinario se advertía por todas partes; las jóvenes de Lacedemonia, fieles aun á sus dioses, se presentaban en la carrera con sus túnicas entreabiertas, su aire desenvuelto y sus miradas provocativas; de esta suerte bailaban en las fiestas de Baco ó de Jacinto: los rudos recuerdos de Esparta, la doblez, la crueldad y la ferocidad maternas brillaban en los ojos de la muchedumbre idólatra; y en tanto, mas allá se veía á las vírgenes cristianas castamente vestidas, dignas hijas de Elena por su hermosura y mas bellas que su madre por su modestia, que iban con el resto de los fieles á celebrar los misterios de un culto que hace el corazón tierno para el niño, caritativo para el esclavo, y que inspira horror á la simulacion y la mentira. ¡Hubiérase creído ver dos pueblos entre aquellos hermanos: ¡tanto puede la religion cambiar á los hombres!

Al llegar al lugar de la solemnidad, el obispo, con el Evangelio en la mano, subió á su trono que se elevaba en el fondo del santuario, frente del pueblo. Los sacerdotes, sentados á derecha é izquierda, llenaron el semicírculo del ábside; los diaconos se colocaron en pié detrás de estos, y la multitud ocupó el restante espacio de la iglesia; los hombres, separados de las mujeres, mantenían la cabeza descubierta y estas la ocultaban con un velo.

Mientras cada cual ocupaba su respectivo puesto, un coro cantaba un salmo de la introduccion de la ceremonia. Concluido este cántico, los fieles oraron en silencio, y luego el obispo pronunció la oracion de los votos, reunidos de los fieles. El lector subió á la tribuna, y tomó del Antiguo Testamento los textos que mas se referían á la doble festividad que se celebraba. ¡Qué espectáculo para Cimodocea! ¡Qué diferencia de esta santa y tranquila ceremonia á los sacrificios sangrientos y lascivos cantos de los paganos! Todos los ojos se dirigían á la inocente catecúmena, sentada entre un coro de doncellas á quienes con su hermosura eclipsaba. Sobrecogida de respeto y temor, apenas se atrevía á levantar una mirada tímida

para buscar entre la muchedumbre al que, despues de Dios, ocupaba entonces únicamente su corazón.

El lector fue reemplazado en la cátedra de verdad por el obispo, que empezó explicando el Evangelio del día: habló de la conversion de los idólatras y de la felicidad que una jóven virtuosa gozaria en breve al unirse á un esposo cristiano, bajo la proteccion de la Madre del Salvador, dando fin á su discurso con estas tiernas palabras:

«¡Habitantes de Lacedemonia! tiempo es de que os recuerde la alianza que os une con Sion. Descendiente de Abraham como el pueblo fiel, vuestro rey Ario reclamó un día del pontífice Onías las leyes de este santo parentesco. En la carta que dirigió al pueblo judío le dice: «Mis rebaños y todas mis haciendas os pertenecen, y los vuestros me pertenecen.» Los Macabeos, reconociendo este origen comun, enviaron á los espartanos una diputacion amistosa. Si, pues, cuando aun erais gentiles, fuisteis distinguidos por el Dios de Jacob entre todos los pueblos de Javan, de Setim y de Elisa, ¿qué no debéis hacer por el cielo, señalados ahora con el sello de la raza escogida? He aquí el momento oportuno de mostrarnos dignos de vuestra cuna, á la cual prestaron propicia sombra las palmeras de la Idumea. Los grandes mártires Judas, Jonatás y sus hermanos, os invitan á seguir sus huellas. Hoy sois llamados á la defensa de la patria celestial. ¡Rebaño querido, confiado por el cielo á mis cuidados, esta es quizá la última vez que vuestro pastor te reúne bajo su cayado! ¡Cuán pocos de nosotros volverán á hallarse al pié de este altar, cuando nos sea permitido reunirnos! ¡Siervas de Jesucristo, esposas virtuosas, vírgenes sin mancha! hoy debéis felicitaros por haber abandonado las pompas del siglo, para no consagraros sino al noble pudor. ¡Ah! ¡cuánto sería de temer que unos piés ligados con cintas de seda, no pudiesen subir al patíbulo! ¿Los collares de perlas que engalanan un cuello en demasia delicado dejarán algun lugar á la cuchilla del verdugo? Regocijémonos, pues, hermanos míos, porque se acerca el tiempo de nuestra libertad; digo libertad, porque vosotros no llamaís esclavitud á los calabozos y cadenas que os amenazan. Para el cristiano perseguido, la prision no es un lugar de sufrimientos sino de delicias; que cuando el alma se entrega á la oracion el cuerpo no siente el peso de las cadenas y arrastra en pos á todo el hombre.»

Cirilo bajó de la cátedra y un diácono exclamó:

—¡Orad, hermanos míos!

El auditorio se levantó y volviéndose hacia el Oriente, elevadas al cielo las manos, oró por los cristianos, por los infieles, por los perseguidores, por los débiles, por los enfermos, por los afligidos y por todos los que lloran. Entonces, los diaconos hicieron salir del lugar santo á todos los que no debían asistir al sacrificio: á los gentiles, los poseídos del demonio y los penitentes. La madre de Eudoro, acompañada de dos viudas, fue á buscar á la tímida catecúmena y la condujo á los piés de Cirilo. Entonces el mártir le preguntó:

—¿Quién eres?

Cimodocea respondió segun la instruccion recibida:

—Soy Cimodocea, hija de Demodoco.»

—¿Qué quieres? añadió el prelado.

—Salir, replicó la jóven virgen, de las tinieblas de la idolatría, para entrar en el rebaño de Jesucristo.

—Has pensado maduramente, continuó el obispo, tu resolucion? ¿no temes ni las cárceles ni la muerte? ¿tu fe en Jesucristo es viva y sincera?

Cimodocea titubeó, pues no esperaba la primera parte de esta pregunta y recordó el dolor de su padre; pero al oírle que vacilaba en aceptar la suerte

de Eudoro, decidióse al punto y pronunció con voz segura:

—No temo ni las cárceles, ni la muerte, y mi fe en Jesucristo es viva y sincera.

Entonces el obispo le impuso las manos, marcándole en la frente la señal augusta de la cruz. Una lengua de fuego apareció en la bóveda de la iglesia, y el Espíritu Santo bajó sobre la predestinada virgen; un diácono le entregó una palma y las jóvenes cristianas le arrojaron coronas, despues de lo cual volvió al banco de las mujeres, precedida de cien antorchas, semejante á una mártir que vuela radiante á los cielos.

El sacrificio empieza; el obispo saluda al pueblo y un diácono exclama:

«¡Abrazaos mutuamente!»

El concurso se da el ósculo de paz; el sacerdote recibe los presentes de los fieles, el altar se llena de panes ofrecidos en sacrificio, y Cirilo los bendice. Enciéndose las lámparas, el incienso sube en espirales de humo y los cristianos alzan sus voces; consumase el sacrificio, la hostia se reparte á los elegidos, el ágape sigue á la comunión santa, y todas las miradas se vuelven hacia una tierna ceremonia.

La esposa de Lastenes anuncia á Cimodocea que va á prometer su fe á Eudoro, y Cimodocea se apoya en brazos de las vírgenes que la rodean. ¿Pero quién puede decir donde está el nuevo esposo? ¿porqué manifiesta tan escaso interés? ¿Qué lugar del templo le oculta á la hija de Homero? Reina profundo silencio; ábrense las puertas de la iglesia, y óyose afuera una voz que decía:

«He pecado delante de Dios y de los hombres. En Roma he olvidado mi religion, y fui espulsado del seno de la Iglesia; en las Galias he dado muerte á la inocencia; ¡orad por mí, hermanos míos!»

Cimodocea reconoce la voz de Eudoro. El descendiente de Filópemen, vestido de cilicio, cubierta la cabeza de ceniza y postrado en el pavimento del vestíbulo, cumplía su penitencia y se confesaba públicamente. El prelado ofrece al Señor en favor del humillado cristiano una oracion de misericordia que todos los fieles repiten. ¿Qué nuevo motivo de asombro para Cimodocea! Conducida esta segunda vez al altar, es desposada con Eudoro y repite con la voz mas tierna las palabras que antes recita el obispo. Un diácono había ido á colocarse cerca de Eudoro, que en pié á la puerta de la iglesia donde no podía penetrar, pronuncia por su parte las palabras que le unen á Cimodocea. Llevado desde el altar al vestíbulo el juramento de entrambos esposos, vuelve á pasar del uno á la otra por medio de los sacerdotes: hubiérase creído ver la union de la inocencia y del arrepentimiento. La hija de Demodoco consagra á la Reina de los ángeles una rúea cargada de una lana sin mancha, sencillo símbolo de las ocupaciones domésticas. Durante esta ceremonia que hacia derramar lágrimas á todos los circunstantes, las vírgenes de la nueva Sion entonan el cántico de la Esposa:

«Como el lirio entre las espinas, brilla mi querida entre las vírgenes. ¡Cuán bella eres, oh amiga mia! Tu boca es una granada entreabierta y tus cabellos semejan á las ramas de la palmera. La Esposa se adelanta como la aurora, levántase del desierto como el humo del incienso! ¡Hijas de Jerusalén! yo os pido por los cabritillos de la montaña que me sostengais con frutos y flores, porque mi alma se ha derretido á la voz de mi amiga. ¡Viento del Mediodía, esparce tú los mas suaves perfumes en derredor de aquella que forma las delicias del Esposo! ¡Querida mia, tú has herido mi alma! Abreme tus puertas de cedro, porque mis cabellos están empapados en el rocío de la noche. ¡Cubran la mirra y el aloes tu embalsamado tálamo! tu mano izquierda sostenga mi lánguida cabeza, y grábame como un sello sobre tu corazón

«porque el amor es mas poderoso que la muerte.»
Apenas las vírgenes cristianas habian terminado su cántico, oyéronse afuera otras voces y otros conciertos. Demodoco habia reunido á muchos de sus parientes y amigos, y hacia cantar á su vez la union de Eudoro y Cimodocea:

«¡ La estrella de la noche ha brillado; manebos! abandonad las mesas del festin. Ya se muestra la virgen: ¡ Cantemos al Himeneo, cantemos al Himeneo! «Hijo de Urania, cultivador de las colinas del Helicon, tú que llevas al esposo la virgen tímida, ven á pisar estos tapices al son de tu voz armoniosa, y agítale tu mano la antorcha de cabellera de oro.»

«¡ Abre las puertas del aposento nupcial, que ya la virgen se adelanta! El Pudor hace mas lentos sus pasos y llora al dejar la casa paterna. ¡ Ven nueva esposa; un marido fiel quiere descansar sobre tu seno.»

«¡ Nazcan de este fecundo himeneo hijos mas hermosos que el dia! ¡ Yo quiero ver á un tierno Eudoro pendiente del seno de Cimodocea, alargar sus débiles manos á su madre y sonreír dulcemente al guerrero que le dió el ser!»

Así se reunian entrambas religiones para celebrar la union de una pareja que parecia feliz en el mismo instante que los mayores peligros amenazaban sus cabezas. Apenas habian cesado los cantos de alegría, cuando se oyó el paso regular de los soldados y el crujir de las armas. Confuso rumor se eleva en los aires, y multitud de hombres de torvo continente penetra en el asilo de la paz, á hierro y fuego. La concurrencia se precipita espavorida hácia todas las puertas de la iglesia, y atropellándose en los estrechos pasadizos de la nave y de los vestibulos, mujeres, niños y ancianos exhalan lastimeros gritos; todo buye, todo se dispersa. Cirilo, cubierto con sus pontificales vestiduras y tranquilo en presencia del Santo de los santos, permanece inmóvil en el altar. Un centurion, ejecutor de las órdenes de Hierocles, busca á Cimodocea, y reconociéndola en medio del tropel, se dispone á dirigir sobre ella la mano profana. Al instante, Eudoro, este pacífico cordero, se convierte en rugiente leon; precipitase sobre el centurion, le arranca su espada, la rompe, y tomando en sus brazos á la hija de Demodoco, la lleva á través de las sombras. El centurion desarmado llama á sus soldados y persigue al hijo de Lastenes. Eudoro, redoblando su celeridad, toca ya el sepulcro de Leónidas, cuando oye á su espalda el presuroso paso de los satélites de Hierocles. Sus estenuadas fuerzas engañan su amor; no puede llevar mas tiempo su carga, y deja á su esposa al abrigo del monumento sagrado, á cuya inmediacion se elevaba el trofeo de armas de los guerreros de las Termópilas. Eudoro empuña la lanza terrible del rey de Lacedemonia, y los soldados llegan; pero prontos ya á lanzarse sobre el cristiano, creen ver al dudoso resplandor de sus antorchas la sombra magnánima de Leónidas, que con una mano blande su lanza y con otra abraza su sepulcro. Los ojos del hijo de Lastenes centellean; agita en la noche su negra cabellera, y el hierro de su lanza refleja y despide en mil vivas ráfagas la siniestra claridad de las antorchas: menos formidable pareció á los persas el mismo Leónidas, aquella noche memorable en que penetrando hasta la tienda de Jerjes, llenó de cadáveres y espanto el campamento de los bárbaros. ¡ Oh sorpresa! muchos soldados reconocen á su general.

«¡ Romanos! exclamó Eudoro, quereis arrebatarme mi esposa; pero no me la arrancareis sino con la vida!»

Movidos por la voz de su antiguo compañero de armas é intimidados por su aspecto terrible, los soldados se detienen. Cuando una turba de rudos segadores entra en un campo de trigo nuevo, las débiles espigas caen sin esfuerzo bajo la segur; pero al llegar al pié de una encina que se eleva en medio de los ha-

ces, los sagadores admiran el árbol poderoso que solo la tempestad ó el hacha pudieran derribar: así, despues de haber dispersado la muchedumbre de los cristianos, los soldados se detienen delante del hijo de Lastenes. En vano el cobarde centurion les manda avanzar, pues parecen clavados en el suelo en virtud de un encanto. Dios que les inspiraba secretamente este pavor, manda al ángel protector del hijo de Lastenes que se descubra á los ojos de la cohorte. El trueno estalla en los cielos y el ángel se muestra al lado de Eudoro bajo la forma de un guerrero cubierto de resplandecientes armas. Los soldados echan su escudo á la espalda, y huyen en las tinieblas entre el granizo y los rayos. Eudoro aprovecha el oportuno instante y toma de nuevo á su amada. Suspensa del cuello de Eudoro, Cimodocea estrecha entre sus brazos la cabeza sagrada de su esposo; la viña se enlaza con menos gracia al olmo que la sostiene; la llama abraza con menos viveza el tronco del pino que devora; la vela se plega menos estrechamente en torno del mástil, durante la tempestad. El hijo de Lastenes, cargado con su tesoro, llega en breve á la casa paterna, y al menos durante un momento salva la doncella que acaba de consagrarle sus dias.

Preso del demonio de los zelos, Hierocles se habia arrojado á esta violencia contra los cristianos, esperando arrebatár á Eudoro su Cimodocea, antes que esta pronunciase las palabras que la ligaban á su esposo; pero sus satélites llegaron demasiado tarde, y el arrojado de Eudoro salvó á la inocente catecúmena. El mensajero que el hijo de Lastenes habia enviado á Constantino regresó á Lacedemonia la noche misma de este escándalo, y trajo á la vez nuevas faustas y alarmantes. Diocleciano habia tomado otra vez una de aquellas resoluciones contemporalizadoras tan en consonancia con su carácter. A consecuencia del falso informe enviado por Hierocles, el emperador habia mandado vigilar á los sacerdotes y dispersar las reuniones secretas; pero desengañado por Constantino, no habia podido persuadirse de que Eudoro se hubiese puesto á la cabeza de los rebeldes, y se limitó á llamarle á Roma. Constantino añadia en su carta:

«Ven, pues, á mi lado, porque necesitaremos de tu auxilio. Envío á Doroteo á Jerusalén para prevenir á mi madre de la suerte que amenaza á los fieles, y debe tocar en Atenas. Si eliges el Pireo para embarcarte, podrás saber de boca de tu antiguo amigo importantes asuntos.»

La galera de Doroteo acababa en efecto de llegar al puerto de Falerio. La familia de Lastenes y la de Demodoco deliberaron sobre el partido que debian tomar.

«Cimodocea, dijo Eudoro, no puede permanecer en la Grecia despues de mi partida, sin esponerse á las violencias de Hierocles, ni puede seguirme á Roma porque todavia no es mi esposa. Una circunstancia favorable se presenta: Doroteo podria acompañar á Jerusalén á Cimodocea, que bajo la proteccion de la esposa de Constancio, acabaria de instruirse en las verdades de la salvacion, y al instante que el emperador me conceda esta gracia, iré al sepulcro de Jesucristo á reclamar la fe que la hija de Demodoco me ha jurado.»

Las dos familias miraron este proyecto como una inspiracion del cielo; así cuando los marineros han embarcado en su nave esa ave belicosa y silvestre que despierta en la mañana á los labradores, si durante la noche, á través de los silbidos de una tempestad, hace oír su grito guerrero y campesino, cierto dulce recuerdo de la patria penetra con un rayo de esperanza en el corazon del marino, que bendice recogido la voz que trayéndole á la memoria en medio de los mares la vida pastoril, parece prometerle una tierra cercana. El mismo Demodoco se tranquilizó al oír el plan de Eudoro, y sin pensar en una separacion dolorosa,

no vió en el primer momento sino un medio de salvar á su hija, á quien hubiera querido seguir hasta las estremidades de la tierra; pero su edad y sus funciones de pontífice le encadenaban al suelo de la Grecia.

«¡ Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Lastenes. Demodoco conducirá á Cimodocea á Atenas, y Eudoro marchará por su parte á esta ciudad. Ambos esposos se embarcarán en el mismo puerto, el uno hácia Roma y la otra hácia la Siria. ¡ Oh hijos míos! el tiempo de las pruebas es de corta duracion y pasa cual rápida exhalacion. ¡ Sed cristianos, y en el cielo vereis coronado vuestro amor!»

La partida quedó aplazada para el dia siguiente, pues era de temer algun nuevo furor del procónsul. Antes de dejar á Lacedemonia, Eudoro escribió á Cirilo, á quien no pudo ver por hallarse encarcelado. Este confesor, acostumbrado á las cadenas envió desde su calabozo su bendicion á la perseguida pareja. ¡ Jóvenes esposos! ¡ vosotros esperabais todavia la felicidad sobre la tierra, y ya el coro de las vírgenes y los mártires entonaba para vosotros en el cielo los cánticos de mas duradera union y de felicidades sin fin!

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

SUMARIO. Atenas. Despedida de Cimodocea, Eudoro y Demodoco. Cimodocea se embarca con Doroteo para Jope. Eudoro se embarca al mismo tiempo para Ostia. La Madre del Salvador envia á Gabriel al ángel de los mares. Eudoro llega á Roma, y halla al Senado próximo á reunirse para fallar acerca de la suerte de los cristianos. Es elegido para defender la causa de estos. Hierocles llega tambien á Roma, y los solistas le encargan la defensa de su secta y la acusacion de los cristianos. Simmaco, pontífice de Júpiter, debe hablar al Senado en favor de los antiguos dioses de la patria.

OPRIMIENDO el lomo de un fogoso corcel de Tesalia, y seguido de un solo servidor, el hijo de Lastenes habia dejado á Lacedemonia y marchaba hácia Argos por el camino de la montaña. La religion y el amor llenaban su alma de resoluciones generosas, pues Dios, que queria elevarle al mas alto grado de la gloria, le conducia á esos grandes espectáculos que nos enseñan á despreciar las cosas de la tierra. Eudoro, recorriendo las áridas cumbres, pisaba el patrimonio del Rey de los reyes. Por espacio de tres dias, fatigó su brido y fué á descansar un momento á Argos.

Todos aquellos lugares repetian aun los nombres de Hércules, de Pélope, de Clitemnestra, de Iligenia, y no ofrecian sino silenciosas ruinas; vió luego los puertos solitarios de Micenas y la tumba ignorada de Agamenon; y en Corinto solo buscó los monumentos donde el Apóstol hizo oír su voz. Al atravesar el des poblado istmo recordó aquellos juegos cantados por Píndaro, y que participaban en cierto modo del brillo y de la omnipotencia de los dioses; y en Megara buscó los hogares de su abuelo, que recogiera las cenizas de Focion. Todo parecia desierto en Eleusis, y en el canal de Salamina solo una barca pescadora estaba atada á las piedras de un muelle destruido. Pero cuando siguiendo la vía Sagrada, el hijo de Lastenes subió el monte Pécilo, y la llanura de la Atica se ofreció á su vista, se detuvo poseido de admiracion y sorpresa: la ciudadela de Atenas, elegantemente cortada en forma de un pedestal, levantaba al cielo el templo de Minerva y los Propileos, mientras la ciudad se dilatava á su pié y dejaba ver las confusas columnas de otros mil monumentos. El monte Himeto formaba el fondo del cuadro, y un bosque de olivos servia de ceñidor á la ciudad de Minerva.

Eudoro atraviesa el Cefiso, que corre entre este bosque sagrado, y pregunta el camino de los jardines de Academo; pero los sepulcros le señalan la senda de este retiro de la filosofia. Reconoce las lápidas fúnebres de Trasíbulo, de Conon, de Timoteo, y saluda los sepulcros de estos jóvenes muertos en defensa de la patria, en la guerra de Peloponeso. Pericles, que comparó á Atenas privada de su juventud, al año, despojado de su primavera, descansaba en medio de aquellas segadas flores.

La estatua del Amor anunció al hijo de Lastenes la entrada de los jardines de Platon. Adriano, al restituir á la Academia su antiguo esplendor, no habia hecho otra cosa que abrir un asilo á los delirios del espíritu humano. Todo el que habia llegado al grado de sofista, parecia haber adquirido el privilegio de la insolencia y del error. El cínico, cubierto de una reducida clámide sucia y en girones, insultaba con su báculo y su alforja al platónico envuelto en amplio manto de púrpura; el estóico, vestido con una larga túnica negra, declaraba la guerra al epicureo coronado de flores. Por todas partes resonaban los gritos de la escuela, que los atenienses llamaban el canto de los cisnes y sirenas; y los paseos inmortalizados por un genio divino, veíanse abandonados á los mas impostores y mas inútiles de los hombres.

Eudoro buscaba en estos lugares al primer funcionario del palacio del emperador, y no pudo reprimir un movimiento de desprecio al atra vesar los grupos de sofistas, que tomándole por un adepto, deseaban atraerle á sus sistemas y le ofrecian la sabiduria en el lenguaje de la locura. Penetra al fin hasta Doroteo: el virtuoso cristiano se paseaba en la estremidad de una alameda de plátanos que embellecian un trasparente canal, rodeado de multitud de jóvenes ya célebres por sus talentos ó por su cuna. A su lado se veía á Gregorio Nacianceno, animado del estro poético; á Juan, nuevo Desmóstenes, á quien su precoz elocuencia habia hecho apellidar *Boca de oro*; á Basilio y Gregorio de Niza, su hermano, quienes mostraban decidida inclinacion á la religion que habian profesado Justino el filósofo y Dionisio el Areopagita. Juliano, por el contrario, sobrino de Constantino, se adheria á Lampridio, cérrimo enemigo del culto Evangelico, y en quien ciertas costumbres estrañas y algunos movimientos convulsivos descubrian una especie de perturbacion en el corazon y el espíritu.

Algun trabajo costó á Doroteo reconocer á Eudoro, porque el semblante del hijo de Lastenes habia adquirido esa varonil hermosura que imprimen la profesion de las armas y el ejercicio de las virtudes. Retiraronse aparte, y Doroteo abrió su corazon al amigo de Constantino.

«He dejado á Roma, le dijo, á la llegada de tu mensajero. El mal es mas grave de lo que tal vez imaginas. Galerio triunfa, y tarde ó temprano Diocleciano se verá obligado á abdicar la púrpura. Preténdese perder sin demora á los cristianos para privar al emperador de su primer apoyo; tal es el antiguo proyecto de Hierocles, hoy dueño de la voluntad de César, y que repite sin cesar que el empadronamiento decretado, al descubrir una alarmante multitud de enemigos de los dioses, ha revelado el peligro del imperio, siendo preciso apelar á las mas severas medidas para refrenar una secta que amenaza los altares de la patria.»

Formiparte, casi en desgracia con Diocleciano, ya sabes qué negocio me conduce á Siria. ¡ Eudoro! nuestros desgraciados hermanos vuelven hácia tí sus ojos, pues la gloria que en las armas has adquirido y tu brillante arrepentimiento son objeto de la admiracion y las conversaciones de los fieles. El sumo pontífice te espera y Constantino te llama. Este principe, rodeado de delatores, se sostiene con trabajo en la córte; necesita, pues, de un amigo como tú que